

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

DE AYER A HOY

Yo lo vi. Entre los escombros de la demolida barricada yacía el cadáver, caliente todavía. Era un mancebo, casi un niño. Negra cria de rizados cabellos circundaba su frente, y un ligero bozo sombreaba apenas su labio como primer florecimiento de naciente virilidad.

Allí yacía inerte, ensangrentado, cubierto de heridas, cosido á bayonetazos.

Más que el dolor supremo de la muerte, expresaban sus facciones la animación de la lucha, realzada por ese sello indefinible de grandeza heroica que acompaña siempre á las voluntarias inmolaciones.

¿Qué entendía aquel mozo de derechos? ¿Qué sabía él de libertad? Nada. Nunca había frecuentado las aulas para desgastar, rozándole con el Digesto, el nativo sentimiento de lo justo. Nunca había seguido á través de la historia de las Constituciones políticas el proceso de los conciertos que han pactado, para ir viviendo, la libertad y a tiranía.

No deletreó á Stuart Mill, ni hojeó á Julio Simón, ni aprendió en Tocqueville los varios motivos que puede haber para amar la democracia, ni en Benjamín Constant las razones que aconsejan el corromperla.

Era un liberal nato, un demócrata impulsivo. Amó la libertad como se ama á la madre, sirviola como se corteja á la mujer querida, sin razón, sin fundamento, sin *por qué*, aconsejado por la infinita sabiduría de lo inconsciente, conducido por la ceguedad infalible del instinto.

El derecho no fué para él un principio, sino una fe.

Como siente la pubertad brotar de las profundidades del alma el misterioso mandato de la especie, así su espíritu sintióse avasallado por el imperativo de los tiempos, y obligado á secundar sin discutir los designios inexcrutables de la historia.

Reniéguenle cuantos entiendan que no es prudente respirar ni digerir hasta estudiar Fisiología, ni cabe pensar antes de haber sido iniciado en los secretos de la dialéctica, ni romper á hablar sin saberse de coro la Gramática de la Academia, ni tener novia sin saborear previamente la retórica de Michelet, criticando las paradojas de Schopenhauer y meditando las disertaciones de Mantegazza. No lo estimaba así aquel paladín de barricada. Sin sutilezas sobre la soberanía nacional, sin ergotizar acerca de los derechos del hombre, murió por ellos sencillamente. Como todo mártir, sacrificóse á lo obscuro. Se ha llamado á los mártires testigos, y en verdad que, si no de la justicia de su causa, son los irrecusables de la firmeza de su fe.

El orden limpiaba las calles; la reacción triunfante barria los detritus del motín. No tardó en llegar el carro gubernamental, encargado de arrastrar á la gran fosa común la carnaza revolucionaria. En él fué izado el cuerpo del iluso. Siguió aquel carro su camino, y en tanto se alejaba, una mano lívida, destacándose de entre el montón de muertos, respondía á cada sacudida del fúnebre vehículo con un movimiento brusco y en apariencia convulsivo. No era fácil adivinar si aquella mano despedía ó amenazaba.

Transcurrió apenas medio siglo. El rico salón iluminado espléndidamente, dispuesto para el placer y adornado para las fiestas, trocóse de improviso en escenario de uno de esos dramas espantosos, tal como sólo sabe componerlos y ejecutarlos la realidad. Una mano vengativa acababa de lanzar, desde lo alto, el rayo de la dinamita. Allí yacían, en montón informe, los despojos de la explosión, hacinamiento confuso de astillas, fragmentos, galas destrozadas y miembros humanos arrancados y palpitantes. Y en medio de ellos, reposando en lecho de sangre, dormía una pobre niña, entrada apenas en la adolescencia, verdadero capullo de mujer, cubierto el cuerpo con el blanco vestido, como símbolo de su virginidad, y abiertos sus hermosos ojos más bien á la sorpresa que no al espanto de la muerte.

¿Por qué había muerto? ¿Quién lo sabe! Fué aquella noche al teatro para celebrar el natalicio de su nubilidad, esa solemne y pudorosa prolongación del vestido que simboliza para la mujer

su iniciación en los hondos misterios de la vida. Allí la sorprendió la muerte. Nada más justificando que el asombro que expresaba su rostro hechicero. ¿Por qué la habían matado, á ella que jamás hizo ni deseó mal alguno? Sus ojos, ya eternamente velados, habían tenido lágrimas para la desgracia; su pequeña mano crispada había socorrido generosamente la indigencia; su pobre corazón, inerte, había acompañado con sus latidos las congojas del infortunio. ¿Quién la odiaba de muerte, á ella que sólo sabía amar? ¿Por qué la electricidad destructora de las negras tormentas sociales iba á descargar sus furores sobre la cabeza virginal de aquella criatura inocente, para la cual era desconocido hasta el nombre de las grandes iniquidades, de los crímenes inexplicables que pesan como una maldición sobre el espíritu de las sociedades y la conciencia de las razas?

Llovía á torrentes. Una horrorizada muchedumbre presenciaba á la puerta el transporte de los cadáveres. A la vista del de la niña, la multitud entera prorrumpió en un grito unánime de conmiseración, mientras que allá, á lo lejos, tras la densa cortina de la lluvia, la mirada del odio fulguraba en la sombra los resplandores siniestros de un satánico regocijo.

¿Quién nos dará la clave de este enigma? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué matan ahora por odio los que antes morían por amor? ¿Ha bastado medio siglo para restaurar en plena civilización aquellos tiempos oscuros en que la bestia humana combatía, revuelta con las otras bestias, en la noche de la caverna? ¿Es que la pugna del derecho engendraba mártires mientras la del interés y el apetito no puede producir más que sicarios? ¿O será acaso, el sacrificador de hoy la reencarnación del sacrificado de ayer? ¿Será la mano que hoy lanza la bomba aquella misma mano lívida que se alejaba amenazante hace medio siglo? ¿Será la sangre estérilmente vertida entonces la que impone la expiación? ¿Seréis vosotros, ¡oh bufones sanguinarios!, vosotros, ¡oh arlequines trágicos!, verdugos del orden, sofistas de la libertad, ergotistas del derecho, retóricos de la democracia, elevados á la altura sobre la ensangrentada cresta de la ola revolucionaria, repletos de carne humana en el festín canibático de la vieja política, quienes, cerrando la puerta de las grandes esperanzas para dejar abierto el portillo de las supremas desesperaciones, habréis transformado el heroísmo en asesino y al mártir en verdugo? ¿Será á vuestras flaquezas de ayer á las que deba la sociedad sus terrores de hoy y sus desastres de mañana?

ALFREDO CALDERÓN

EMIGRANTES

Hay espíritus cogidos con todas las uñas del pasado, que se estremecen de miedo delante de una sensación nueva; espíritus que no pueden gozar de ese exquisito placer que proporciona á las almas finas la aparición hermosa de una nueva esperanza... Un amigo cariñoso vuelve á insistir, lleno del miedo heredado, que no vaya en el automóvil. Mis reflexiones no lo convencen. No le convence tampoco mi empeño de salirme con la mía, mi consecuencia, mi firme resolución de ir metido en el último invento aunque reventara en mitad del camino. ¿No viajan ricos en el automóvil? ¿No va la berlina llena de señoras? Pues, amigo mío, tengo la seguridad de que no nos estrellaremos, y gracias, de todos modos, por su buena intención. Los ricos son los únicos que deben amar la vida... Porque yo, amigo cariñoso, ¿qué salgo perdiendo? ¿Al contrario! Siempre que puedo viajo en expreso, porque la justicia, muy torcida en el mundo, pone frenos de seguridad cabalmente á los trenes que menos los precisan. ¿No es verdad que los trenes mixtos debieran ir asegurados de riesgos? Si se estrella un tren de pobres, ¡cuántas miserias ensucian el perro mundo! Un tren expreso roto, deja penas grandes también—¿quién lo pone en duda?—, pero no queda el hambre llamando bárbaramente por todas las casas de los muertos.

Se rió mi amigo queriendo así expresar su extrañeza, cuando tuve la suerte de dejarle con la palabra en la boca porque el maquinista echó á

correr carretera adelante. Salimos, berreando la bocina, por entre las filas de aldeanos que miraban como vacas imbeciles la bestia nueva.

Pasamos en vértigo, zumbando el freno, á través de las casuchas y debajo de los nogales. La multitud hostiliza al energúmeno que deja atrás las diligencias, hace parar á los ganados y sube las pendientes apesunando el suelo é hiriendo lo valles con un mugido triunfal.

De repente, en una revuelta, el maquinista nos detiene. Volvemos la vista hacia fuera todos los viajeros y nos encontramos con tres caminantes esperando la llegada del coche á la salida de un camino.

Estaban sucios, deshechos, con el uñaño del hambre alrededor de los ojos desesperados... El más jovencito era una criatura como de catorce años, humilde, de gesto melancólico y bondadoso.

—No hay asiento más que para uno—dijo el empleado de la plataforma.

Se agitaron en un movimiento inconsciente é indeterminado, dirigiendo á la vez sus ojos tristes, de pobres, hacia el interior del carruaje. Querían decir que no podían más, que ellos eran de Dios también y que por Él pedían un puesto para continuar. Echaban, en silencio siempre, ojeadas hacia el horizonte, muy lejos, con una ansiedad devoradora. Querían ir, tenían que ir, y hasta la misma desgracia les pegaba en el rostro, cerrándoles el camino para ir á cualquier sitio, echándoles, por crueldad, la noche más negra delante de los ojos...

Eran emigrantes, pobres aldeanos, echados de la tierra á puntapiés del hambre, que se mofaba de ellos, de su cobardía y esclavitud. Tres mozos en plena edad de lucha, sin alma, con los brazos cruzados é inútiles delante de aquella tierra grande que no producía nada y era de otros sin saber á qué fin... Emigrantes que se arrancaban del corazón todos sus amores, el de la madre, el de la tierra, el de la novia, el de las muñeiras, por un pedazo de pan, arrancado siempre á mordiscos de entre las garras brutales y furiosas del más afortunado...

Pero ninguno de los que íbamos á gusto hicimos nada por ellos. Hacían bien en odiarnos. Yo insinué algo, débilmente. Pero el maquinista arreó, pretextando que atrás venían otros coches con asientos vacíos. ¡Ya llegarían al puerto con sobrada anticipación! Y sin más, echamos por la cuesta abajo, berreando la bocina y lanzando el freno un quejido hondo...

Todo eran campos incultos, grandes, solitarios: desde la cuesta donde se quedaban los hambrientos con no sé qué odio en los ojos tristes, hasta el portillo lejano de las costas donde empezaba á venir una noche de nubes muy negras...

R. SÁNCHEZ DÍAZ

CONFITEOR...

Antoñuelo, el monaguillo más travieso y más granuja de todos cuantos pisaban el templo de Santa Ursula, el que á diario se ganaba media docena de zurras, porque del vino sagrado andaba siempre á la husma, hallábase el otro día arrodillado ante el cura de aquel pueblo, decidido á confesarle sus culpas, que así lo manda la Iglesia, y es muy justo que se cumpla.

El chico, tras los diversos preliminares de rúbrica, con más miedo que vergüenza al ver la faz cejijunta del párroco, dió principio, confesando una por una, á vuelta de mil rodeos, todas las gatadas suyas, tales como echar un trago del vino que el cura usa, ó irse al campo á coger nidos, ó á la huerta á coger fruta, ó examinar el cepillo de las Animas, con mucha frecuencia, dando con esto

motivo á que el señor cura la caridad de los fieles llegase á poner en duda.

Cuando el buen padre de almas, siempre con la faz adusta, iba á absolver al monago de sus pecados y culpas, bajo la formal promesa de no volver en ninguna ocasión á coger nidos, ni hacer otras mil diabluras, no por miedo á ir al infierno, sino por miedo á una tunda, dijo Antoñuelo: —Me falta decir que comí merluza ayer siendo viernes.

—Eso

no es pecado, criatura.

—Es que también comí carne...

¡Pues ya no tienes disculpa!

Promiscuaste.

—¿Sí? ..

—¡Infeliz,

tu perdición es segura,

porque si sabe el obispo

lo que has hecho, te excomulga.

¿No temes ir al infierno

de cabeza, donde sufras

los tormentos más horribles,

las más horrendas torturas?

¡Vete, vete, desdichado,

á rezarle á Santa Ursula

cien mil *salves*, á ver si ella

te presta su santa ayuda

y evita al fin que el demonio

consiga echarte las uñas

y te arroje á la más grande

de sus calderas profundas.

—Qué, ¿es pecado comer carne

y después comer merluza?

—¿Que si es pecado? ¡Tremendo!

De esos que sólo se purgan

con penitencias, con actos

de la contrición más pura.

—No lo creí—añadió el chico

presa de mortal angustia—,

porque lo que comí el viernes

me lo dió mi tía Justa,

¡de lo que le había sobrado

al ama del señor cura!

MANUEL SORIANO

POR LA PATRIA

Ella le escribía unas cartas muy largas, y que, sin embargo, á él se le antojaban cortas, hablándole de su amor.

—Mira—le decía—: yo no puedo vivir sin ti. Si tardas mucho en volver, me moriré... No me conocieras si me vieras, Enrique mío... Estoy muy mala, muy malita... Me he quedado en los pueros huesos. No es exageración. Da pena verme. Ya no tengo en la cara aquellos colores de rosa que tanto te agradaban. Estoy tan pálida, tan pálida, que parezco una muertecita... ¡Ven, por Dios! Si, comprendo que la defensa de la patria debe interesarte mucho; pero yo también debo interesarte un poco... ¡Salvense las colonias, bueno; pero á condición de que se salve también tu Marujita! Porque te juro que me moriré si no vienes pronto. Oyelo bien: ¡que me moriré!

El la escribía también desde el hospital de Regla, de la Habana, unas cartas muy largas, y que á ella también se le antojaban muy cortas.

—¡Tengo unas ganas de verme á tu lado!... ¡Si pudiese llegar hasta ti en un vuelo!... Pero me faltan las alas, vida mía. ¡Ya ves si soy desgraciado!

Me encuentro mejor de mis heridas (porque ahora, que estoy ya casi bueno, te lo puedo decir); me han herido ligeramente en uno de los últimos combates... pero no de importancia, te lo juro; unos cuantos rasguños solamente.

Por las noches deliraba mucho, y, según me han dicho las enfermeras, me pasaba las horas y las horas llamándote, obsesionado con tu recuerdo...

Mira: aunque estamos separados por tantas leguas de distancia, tú en imagen me acompañas siempre, y con sólo cerrar los ojos te veo tal co-

DON QUIJOTE

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID



«Y para ver tal situación
se armó la gran revolución!»

mo estás ahora, tal como dices que estás ahora, con tu carita pálida y tu cuerpecillo aéreo...

La campaña va muy bien, y dentro de poco estaré a tu lado. Porque, créeme, yo me moriría también si no te viese pronto. ¡Tengo verdadera necesidad de comerte á besos! ¡Pero, por Dios, no me olvides!

Y no se volvieron á ver, no.

Ella recibió un día una carta llena de garabatos casi ininteligibles, que decían ó querían decir: «Aquellas heridas, de las que estaba mejor la última vez que te escribí, van á acabar conmigo dentro de unos minutos. ¡Adiós, vida mía! ¡Me voy del mundo con unas ganas de besarte!... Muero por la patria, pero muero pensando en ti. ¡No me olvidéis muy pronto!»

La pobre muchacha, al terminar de leer la carta, cayó al suelo como herida por un rayo, profiriendo una maldición.

Cuando volvió en sí—¡figúrate una muerta que hablara!—sólo dijo:—No es nada; Enrique, que ha muerto por la patria... ¡Y á mí que me condenan también á morir por ella!

MIGUEL SAWA

A una máscara disfrazada de beata.

La del enlutado manto,
la de la toca de encaje,
la de mil hombres encanto,
¿cuánto va á que no es un santo
tu pecho como el ropaje?

En vano ocultarnos trata
de tus ojos los destellos
el lienzo que te recata;
y por Dios que son, beata,
para ser santos, muy bellos.

Sobre tu nevado seno
pesa la cruz de un rosario,
y, aunque humilde nazareno,
muriera de gozo lleno
en tan hermoso calvario.

CASTELAR

Hoy, 25 de Mayo, conmemoramos el tercer aniversario de la muerte de Castelar.

Y para honrar su memoria reproducimos el final de su admirable discurso en defensa de la libertad religiosa.

«Qué mejor recuerdo que ese?

«Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y, sin embargo, diciendo: «Padre mío, perdónalos, perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores, porque no saben lo que se hacen.» Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo, en nombre de esta religión; yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí á pedirlos que escribáis al frente de vuestro Código fundamental la libertad religiosa: es decir, libertad, fraternidad, igualdad en tre todos los hombres.» (*Frenéticos y prolongados aplausos. Individuos de todos lados de la Cámara se acercan al Sr. Castelar dándole calurosas muestras de felicitación.*)

(12 de Abril de 1869.)

LIBERALES Y CONSERVADORES

Sería injusto tildar al partido aún imperante de carencia de programa. Por falta de uno, tiene dos perfectamente contradictorios y completamente completos. En la cuestión clerical hay cleróforos como Canalejas y clerófilos como Moret. En lo que atañe á los cambios y á la circulación fiduciaria, hay bancóforos como Urzáiz y bancófilos como Rodríguez. En lo social tenemos socialistas furiosos, como el Canalejas supradicho, é individualistas *enragés*, como Puigcerver y Celleruelo. En lo agrario hay radicales, como el Canalejas tan repetido, y latifundistas, como Almodóvar y Romanones. El liberalismo dinástico tiene soluciones para todos los gustos. Es un partido *pour tout faire*.

No hay razón para que un partido tan multi-forme y policrónico abandone nunca el poder. Sucédense unas á otras las parcialidades en el mundo cuando llega la sazón de aplicar desde el Gobierno los principios que sustenta la que se halla en la oposición. Pero cuando un partido se hace la oposición á sí mismo, ¿qué necesidad puede haber de substituirle? En su propio seno hay dos mudas, dos ternos completos de principios. Radical ó reaccionario, marxista ó spenceriano, papista ó regalista, según la ocasión, ninguna eventualidad le encuentra desprevenido. Figúrate, lector amable, que entras en una sastretería con intención de hacerte un traje, y que el

sastre te dice: «¿Cómo le quiere usted? ¿Ancho ó estrecho? ¿Largo ó corto? ¿Claro ó obscuro? ¿Caro ó barato? ¿De la moda actual ó de la del año 40? ¿De lana, de algodón, de alpaca? ¿Que dure mucho ó que se rompa pronto? ¿Cómo has de rehusar los servicios de un industrial tan complaciente? ¿Qué motivo puedes alegar para irte á otra tienda, siendo así que en ésta te ofrecen cuanto cabe apetece?»

No es, pues, maravilla que la prerrogativa haya confirmado su confianza al asendereado don Práxedes, que tantos títulos puede invocar á la gratitud nacional. Pero si el joven rey llegara á hartarse algún día del viejo ministro, ahí tiene á mano á los conservadores, que no demandan otra cosa sino servir activamente á las instituciones y al país. Estos se hallan en posesión de un programa homogéneo. ¡Y vaya un programa! Helo aquí en resumen, tal como se deduce de las declaraciones de su campaña opositora. Para el problema social tienen el maíser, que es arma de gran precisión y de mucho alcance. En nuestras relaciones con Roma acatarán lo que ordene el Vaticano. En lo que respecta á la circulación fiduciaria, están de parte del Banco, con el cual une á los comensales de cierta cena pantagruélica el vínculo indisoluble del estómago agradecido. Los cambios altos no les parecen mal, porque favorecen la exportación. Substituir el impuesto de consumos se les antoja un disparate. Otro gran desacuerdo ha sido á sus ojos el de pagar á los maestros de escuela. Hay que alentar al regionalismo, más ó menos separatista. Para las Congregaciones religiosas quieren protección y aspiran á verlas crecidas y multiplicadas. En Andalucía conviene, según ellos, que la propiedad rústica se halle concentrada en pocas manos, y éstas ociosas. Cuanto á la libertad de conciencia, el día en que ellos manden restablecerán el juramento en nombre de Dios. En materia de enseñanza están por la de los jesuitas. El pan caro es un buen medio de proteger la agricultura. La solución salvadora para la Hacienda está en reforzar los ingresos. En suma: cojan ustedes el sentido común y vuélvanlo del revés. El resultado de esta operación será exactamente el programa del silvelismo.

Las tribulaciones de Rothschild

Escena primera.

(En el escritorio del hotel de la calle Lafitte.)

Rothschild (solo).—He ahí una cosa inaudita y que nos hace creer que vivimos realmente en una época extravagante. ¡Crear que soy el hombre más feliz de la tierra porque tengo algún dinero y puedo pagar mis contribuciones! ¡Y á esto lo llaman la cuestión social! ¡Pero caramba! lo intolerable es tener mucho dinero y no falta del mismo... Daría de buena gana tres millones, hasta cuatro millones, por carecer en absoluto de recursos... (Desanimado): ¡Diablo! ¡esto es imposible!... pues, aunque quisiera arruinarme, me volvería aún más rico. Prefiero no intentarlo. ¡Triste de mí! La fortuna no proporciona la dicha. En efecto, ¿en qué consiste la dicha? En tener todo lo que se desea. Pues bien, supongamos que tengo ganas de fumarme un *coracero* de diez céntimos... Apuesto á que no lo lograré... (Apoya el dedo en el conmutador de un timbre eléctrico y aparece un criado de librea.)

El criado.—¿Qué desea el señor barón?

Rothschild.—Un cigarro... un cigarro de poco precio.

El criado (volviendo con una caja de cigarros).—Tome usted, señor barón.

Rothschild.—¡Estos no son coraceros, son cigarros de á tres pesetas!

El criado.—Voy á informarme en el hotel.

Rothschild.—Dese prisa. (Aparte). ¡Dios mío! ¡Cuán pesado es no hacer nada por sí mismo y estar siempre rodeado de criados!

El criado (trayendo otros cigarros).—El señor barón no tiene más que escoger.

Rothschild.—¿Pero qué cigarros son esos?

El criado.—Son los que fuma el barrendero del hotel. Perdone el señor barón; pero ya que se empeña...

Rothschild.—¿Sabes á cuánto los paga el barrendero?

El criado.—¡Oh!, á poco precio: setenta y cinco céntimos, según creo, en el estanco de la Plaza de la Bolsa.

Rothschild.—¡Pero mil demonios! ¡Al fin acabaré por enfadarme! No quiero cigarros de setenta y cinco céntimos, ni de á real, sino de diez céntimos... De aquellos que la gente del pueblo llama coraceros.

El criado (sorprendido).—¡Coraceros! No lo entiendo.

Rothschild.—Son cigarros que cuestan diez céntimos. Corra usted inmediatamente á comprar un cigarro de á diez céntimos. Si dentro de tres minutos no tengo aquí un cigarro de á diez céntimos, dese por despedido. En los estancos encontrará.

El criado. Voy, señor barón. Solamente me tomaré el tiempo de cambiar el vestido y disfra-

zarme, porque si reparan en la librea del señor barón, no consentirán en venderme coraceros.

Rothschild.—¡Disfrazarse ahora! Tiene usted razón, amigo; no vaya, sería demasiado largo eso. (Con amargura.) ¡Cuando pienso que hay gente que fuma tantos coraceros como quiere! Resignémonos. (Enciende un cigarro de á tres pesetas.) ¡Qué malo es!

(Entra el secretario del barón de Rothschild.)

El secretario.—¿Me necesita el señor barón? ¡El señor barón tiene que escribir algunas cartas! Me permito recordar al señor barón que por la mañana ha de ir á cazar á Ferrieres con sus invitados. La salida es á las siete. Está encargado el tren especial.

Rothschild.—¿Especial? ¡Por qué especial?

Secretario.—Es la costumbre. Esos señores viajan siempre en el tren reservado para el señor barón.

Rothschild.—¡Ah!, es verdad; ya lo recuerdo... ¡Pero si yo quisiera ir mañana á Ferrieres en el tren ordinario!...

El secretario.—¿El ómnibus?

Rothschild.—Eso es el ómnibus.

El secretario.—El señor barón está de buen humor. ¿Qué pensarían los invitados? ¡Ómnibus!

Rothschild.—¡Y en tercera!

El secretario (riendo).—¡Qué broma!

Rothschild.—¡Así, pues, si yo quisiera ir á Ferrieres en tercera, me sería imposible!

El secretario.—Completamente imposible. Por otra parte, el jefe de la estación no lo permitiría.

Rothschild.—Repita usted eso. ¿De modo que no podría ir en tercera si quisiera? ¿No es esto lo que usted ha dicho?

El secretario.—Exactamente.

Rothschild (dirigiéndose á un periodista invisible).—¡Cuestión social! ¡Ahí está la cuestión social! ¡Y esos tontos pretenden que soy dichoso porque tengo dinero! Todos viajan en tercera... y solamente á mí me está prohibido... ¿Y la igualdad, pregunto? ¿Dónde está la igualdad? Si tengo ganas de viajar en tercera clase, con mucho polvo, con viajeros que apesten á ajos, con soldados y nodrizas, esperanzas de la patria, no tengo ese derecho! No faltarían invitados ni jefes de estación que me lo impidieran! ¡Y hablan de la cuestión social! ¡Hablan de obreros! Que me citen un solo obrero á quien hayan impedido viajar en tercera clase... ¡Ah!, señores, no busquen en otra parte la cuestión social... Se lo suplico; no vayan á buscarla á otra parte...

El secretario.—Bueno.

Rothschild (como despertando).—¿Está usted ahí? (Sobriamente.) Está bien; diga á mis invitados que ire con ellos en el tren especial. (Aparte.) El encarnizamiento del destino con ciertas personas es verdaderamente increíble. ¡En fin!, tal vez llegará día en que todo esto acabe. ¿Qué haré esta noche? Todos los teatros me fastidian. Ayer encontré un beodo á quien llevaban á la prevención. Aquél sabía dónde pasar la noche. Ser llevado á la prevención. ¡Qué delicioso! ¡Ah!, si yo lograra una sola vez ser conducido á la prevención por vagabundo, me reconciliaría con la humanidad. (Se viste y sale.)

Escena segunda.

(En un gran restaurant del bulevar.)

Rothschild (entrando).—Voy á comer aquí de incógnito. Gastaré mucho y después diré que no tengo con qué pagar. Confío que así me llevarán á la prevención. (Hace señá al mayordomo.) Voy á comer. (Pide los platos más caros.)

El mayordomo.—¿Y vinos?

Rothschild.—Los que usted quiera. Los vinos más caros. (Aparte, pero de modo que le oiga el mayordomo.)—¡Lo peor será que no pueda pagar la cuenta!

El mayordomo (que ha reconocido al barón).—¿Qué ocurrencia! (Se marcha.)

Rothschild.—He bebido mucho. Cuatro botellas de ochenita francos cada una... Me duele la cabeza, pero pronto me divertiré... ¡La cuenta, camarero, la cuenta.

El mayordomo.—Aquí está.

Rothschild (aparentando embarazo).—¡Diablo, diablo! ¡Oh, qué caro es esto!... Si lo hubiese sabido... (Registrándose los bolsillos.) ¡Cómo pagar una cuenta tan crecida! Aquí hay la costumbre de llevar á la prevención á los que no pueden pagar lo que han comido, ¿verdad?

El mayordomo (correctamente).—A las personas que no pueden pagar lo que han comido, caballero, no se les pide nunca nada. Pagan más tarde, cuando pueden.

Rothschild (haciendo la última tentativa).—Pagaré dentro de dos años y medio.

El mayordomo.—Dos años y medio ó tres, como el señor guste.

Rothschild (aparte).—¡Qué desgracia! (Sale al bulevar.)

Escena tercera.

(En el bulevar.)

Rothschild.—Creo que estoy algo calamucano. (Se tambalea.) ¡O!, qué idea! (Dirigiéndose á un municipal.) Amigo, repare usted que estoy bebido y me tambaleo... (Da contra el escaparate de una tienda.) Por poco rompo un cristal... Es-

candalizo en la vía pública... Cuando al quien promueve escándalo en la vía pública... ¿á dónde le llevan?

El municipal.—¡A la prevención!

Rothschild.—¡Bravo! (El municipal se lo lleva sostenido por un brazo.) ¡A la prevención? ¡A la prevención! ¡Me llevan á la prevención?

Escena cuarta.

(El hotel de la calle Lafitte.)

Rothschild (acostado en su cama).—¡En la prevención! ¡Estoy acostado sobre el tablado! ¡Ah, cuán dichoso soy! (Despierta y mira á su alrededor.) Pero no... estos muebles... estos tapices... ¿Con qué derecho estoy en mi casa? ¡Por qué no me han conducido á la prevención por escándalo nocturno?

(Al volverse se encuentra con el municipal, que le ofrece una taza de té.)

ALFREDO CAPUS

(Traducido expresamente para DON QUIJOTE.)

LIBROS

La casa editorial Maucci, de Barcelona, ha prestado un verdadero servicio á las letras, publicando, muy bien traducidos por cierto, los hermosos libros *La guerra y la paz*, de Tolstói, y *La Reliquia*, de Eca de Queiroz.

Estas dos obras, traducidas á todos los idiomas populares en todo el mundo, merecen figurar en todas las bibliotecas, y ser leídas por todas las personas de buen gusto.

De venta en las principales librerías y en la casa editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228, Barcelona.

La titulada *La Editorial Moderna* acaba de publicar *El Manuscrito de una Monja*, segunda y última parte de las famosas *Memorias de una Monja*, por sor Teresa, arreglo del presbítero Ferrándiz. Con este elegante volumen, ilustrado por Julio Fera, concluye el concienzudo estudio sobre la vida monjil en España, que tanto ha llamado la atención desde que aparecieron en la prensa los primeros trozos de las *Memorias de una Monja*, leídos con avidez en todos los hogares.

No es ésta una obra sectaria, sino un estudio sereno hecho con gran sinceridad y notable franqueza para presentar la vida conventual femenina tal como ella es, sin exageraciones de la malevolencia y sin panegíricos interesados. No se había hecho hasta el presente un trabajo como el *Manuscrito* de sor Teresa, la monja organista del convento carmelita de C***, que en sus *Memoirs* refiere lo que vió y experimentó en el claustro.

El tomo de esta segunda y última parte consta de 300 páginas, y su precio es 2 pesetas, lo mismo que el de la primera, cuya segunda edición está próxima á agotarse.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

De un forastero á otro:—¿Qué te ha gustado más de lo que has visto en Madrid?—¡Pues ni que decir tiene! El gran almacén de muebles de A. Valles, Alcalá, 17.

Voz del pueblo, voz de Dios. Y todo el mundo lo dice: no hay mejor negocio que asegurarse la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, Sevilla, 13.

¡Me río yo de los festejos de la coronación! ¡Qué mejor festejo que beberse una buena botella de vino *Valgañón*! De venta en la calle del *Caballero de Gracia*, 56, *Bodega del Jalón*.

¡Ciudadanos! ¡Visita el estudio fotográfico que han abierto en la calle de *Peligros*, 20, los distinguidos artistas Sres. Candela y Demaria López! ¡Aquellos si que es una verdadera exposición de retratos!

¡Poetas, pulsad las liras para cantar las excelencias del admirable *Anís del Mono*! ¡Qué aguardiente, Dios mío, qué aguardiente!

LA INGLESA

¡De cuántos peligros han librado á los forasteros los preservativos higiénicos que se venden en *La Inglesa*, *Montera*, 35 (*Pasaje del Comercio*)! ¡Oh jóvenes incautos, visita ese establecimiento si queréis evitaros la vergüenza de ciertos padecimientos!

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A correspondientes y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.